



Vol. 2 (4) Diciembre 2015- pp. 176-198
ISSN 2362- 6194

‘HIGIENE’ MENTAL DE LA LECTURA EN LA MODERNIDAD COLOMBIANA, 1900-1930¹

MENTAL HYGIENE READING IN COLOMBIAN MODERNITY, 1900-1930

Jairo Gutiérrez Avendaño²

Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín, Colombia

jairo.gutierrezav@amigo.edu.co

Resumen

Las ideas que instaron a escribir este ensayo surgieron del análisis de fuentes de patrimonio documental de prensa y otros medios impresos, ubicados entre 1900 y 1930. Este presenta la segunda parte de una investigación independiente acerca de la vigilancia moral de la lectura y popularización de la cultura en Colombia (Gutiérrez, 2012, p. 46-61). La higiene mental de la lectura como la dietética literaria son dos conceptos que fueron apropiados del discurso de medicalización por parte de la educación oficial conservadora, influida por la doctrina social de la Iglesia Católica. El artículo estudia los dispositivos de normalización de las conciencias, gobierno de las pasiones, educación sentimental, los peligros del consumo de contenidos culturales en términos de retóricas digestivas, de intoxicación y contagios, en el caso de las prácticas de lectura en la modernidad colombiana durante la primera mitad del siglo xx.

Palabras clave: Prácticas de lectura - Criticismo moral- Higiene mental- Educación conservadora- Popularización cultural.

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Abstract

The ideas began to write this essay emerged from the analysis of sources of documentary heritage of the press and other printed media, located between 1900 and 1930. This is the second part of an independent investigation into the moral policing of reading and the cultural popularization in Colombia (Gutiérrez, 2012, p. 46-61). The mental hygiene of reading and literary diet are two concepts that were appropriate medicalization speech by the conservative official education influenced by the social doctrine of the Catholic Church. Thus, the article studies the devices normalization of consciences, government of passions, sentimental education, and the dangers of consuming cultural content in terms of digestive rhetorical, poisoning and contagions, in the case of practices reading during the Colombian modernity, in the first half of the twentieth century.

Keywords: Reading practices- Moral criticism- Stylistic prophylaxis- Mental hygiene- Conservative education- Cultural popularization.

Orden social y formación de un sujeto moderno

La modernidad, en lo que respecta a la primera mitad del siglo XX, estuvo caracterizada por una tensión histórica entre un nuevo orden de progreso frente al atraso social que los países atravesaban, según la mentalidad de médicos, políticos y pedagogos de la época. Para este contexto, cabe acudir a lo que plantea Jacques Le Goff (1991) como “ambigüedad” de dicha oposición entre lo antiguo y lo moderno, en tanto la modernidad, entendida como “lo reciente” o “lo nuevo”, no siempre es contraria a “lo tradicional” o a “lo antiguo”, puesto que han existido sociedades en diferentes tiempos que se consideraron en tránsito o ruptura con un modo de ser anterior y que, de hecho, se asumieron como modernas sin corresponder a lo que se conoció desde el siglo XIX como modernidad (p. 146-194).

En cuanto a las nociones sobre el establecimiento de un orden político y social, se recurre al planteamiento de la “ambivalencia de la modernidad” de Zygmunt Bauman (2005); es decir, la capacidad de referir un suceso a más de una categoría, lo cual genera “un desorden en la especificidad del lenguaje: un fracaso de la función denotativa (separadora) que el lenguaje debiera desempeñar” (2005, p. 19), en tanto dicho orden es, justamente, un dispositivo para integrar o excluir lo Otro, incontenible, inclasificable y anormal; en el caso de las prácticas de lectura, estas fueron dispositivos para la formación de un nuevo sujeto que superara la supuesta degeneración moral y mental de la raza, propósito que se pretendía lograr a través de prácticas y discursos de higienización educativa y cultural.

De igual forma, la moralidad moderna fue un dispositivo ambivalente, según las críticas que hacen Nietzsche (2000) y Foucault (1981) con respecto a las continuidades y rupturas entre el ser de la ética (espacio de decisión) y el deber ser de los códigos morales (espacio normalizado). De ahí, resulta significativo abordar las prácticas de lectura desde una “historia de las moralidades” o del comportamiento, una “historia de los códigos” o del sistema de reglas y valores; así como, desde una “historia de las éticas” o de la constitución del individuo como sujeto de conducta moral y del ejercicio

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

de libertad sobre sí mismo (Foucault, 1981, p. 41).

Popularización y vigilancia de las lecturas

La Campaña de Cultura Aldeana durante el periodo de la República Liberal entre 1934-1936, impulsada por el médico y académico Luis López de Mesa, promovió la mentalidad civilizadora y aumento del nivel cultural, principalmente de las regiones menos desarrolladas del país, “mediante los elementos educativos modernos, de la radiodifusión, el cinematógrafo, las bibliotecas, la designación de médicos, odontólogos y abogados [...] peritos en urbanismo, salubridad pública, agronomía y pedagogía, además de un relator literario o perito en sociología” (Molano, 1984, p. 75). En el campo de la salubridad se destaca la promoción de la higiene física, intelectual y moral que, a su vez, contempló los preceptos de la estética, entendida como educación de las sensibilidades y buen gusto de la población.

En efecto, en 1957, López propuso incluir la higiene mental en el primer Plan Quinquenal de Educación de Colombia, que buscó realizar reformas básicas a todas las ramas educativas. Expresada en una retórica de salvación frente a la decadencia de la raza, se refiere a la debilidad de carácter del colombiano, atribuida al atraso cultural de la época, al considerarlo “habitante efímero de un mundo fugaz, su arte renuncia al tema o la sustancia y se acoge a los elementos que le constituyen; su literatura prefiere la revista corta y el periódico volátil; su diálogo es apenas noticiero y su amatividad no se individua sino en episodios transeúntes” (López, 1957, p. 17).

La campaña de difusión cultural de la Biblioteca Aldeana, que puso en circulación los libros de la Colección Araluce titulada *Vidas de grandes hombres y Obras maestras al alcance de los niños*, considerada “obras de entretenimiento”, contó con opositores en los establecimientos educativos y políticos, como da cuenta de ello la correspondencia enviada a las directivas de la Biblioteca Nacional, en la que se relata que a raíz de un premio ofrecido a los lectores más asiduos y metódicos de la Biblioteca Centenario de la ciudad del municipio de Cali, acudieron masivamente los estudiantes, pero al cabo de unos días dejaron de asistir por completo. El motivo, según lo informó el

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

bibliotecario, se debió a que algunos maestros prohibieron a los escolares asistir porque iban “a corromperse leyendo libros malos”. Asimismo, un grupo de niñas comentaron que no volvieron “porque habían sido amenazadas con penas por sus maestras. Se les dijo que iban a la biblioteca era a enamorar y a pervertirse” (Carta de 1937) (Cit. Silva, 2012, p. 303). Un caso similar ocurrió en el municipio de Sogamoso, en el mismo año, donde las Hermanas de la Caridad del Colegio La Presentación les arrebataron los libros y les prohibieron que volvieran a la biblioteca a consultar las obras de dicha Colección que, según ellas:

Carecen de toda moral y solamente sirven para corromper el corazón de sus discípulas... cuyos contenidos están llenos de corrupción y de doctrinas que no están ajustadas a la religión católica [...] todos los libros recibidos para el Colegio han sido guardados por las Hermanas [...] reposan en un sótano oscuro y allí, dañándose, se conservan como obras que parecen haber sido condenadas por la Inquisición. Cuando una de las alumnas solicita un libro de los que ha regalado la Biblioteca Nacional, se le condena, se le insulta y se le aconseja que esas obras solo inspiran asco por ser distribuidas por el gobierno actual (Carta de 1937) (Cit. Silva, 2012, p. 303).

En un oficio dirigido por el Concejo Municipal de Neiva, a un inspector de zona escolar, se justificó que:

Respecto de la llamada ‘Biblioteca Aldeana’, el Concejo no ha querido hacer nada en ese sentido porque ha tenido conocimiento que en esos libros se contienen doctrinas erróneas o tendenciosas y hay que saber, Sr. Inspector, que el espíritu de este pueblo es profundamente religioso; en todo caso creo que esos libros no cuentan con la aprobación eclesiástica (Carta de 1937) (Cit. Silva, 2012, p. 304).

Se observa en estas comunicaciones que en las instituciones educativas y políticas eran recurrentes las actitudes contra la corrupción del corazón y del espíritu, así como defensa del dogma católico, que evita el ingreso del mal por los sentidos y las pasiones.

Para las dos primeras décadas del siglo xx, en Colombia hubo algunas voces que se pronunciaron a favor de leyes que erradicaran los “malos libros”. De hecho, en una actitud de ultraderecha, exponían el caso de Italia, donde el dictador Mussolini ordenó la prohibición, so pena de encarcelamiento o de fuertes multas al librero que introdujera alguna obra ofensiva para la religión católica, la moral o las sanas

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

costumbres (*El Obrero Católico*, 4 de junio de 1927).

Las posturas ultramORAles y antimodernistas circularon ampliamente en la prensa conservadora, como es el caso de *El Obrero Católico*, que cada mes publicaba columnas sobre la “mala lectura”, en un tono alarmante; mientras que para la “buena lectura” usaba un lenguaje enaltecido, por no decir sensiblero. Un fragmento de este periódico muestra una actitud intransigente frente a los “excesos” de la modernidad:

¿Dónde está hoy, decidme, la comodidad para que las grandes muchedumbres humanas lean libros en estas ciudades de estruendo y confusión, en que los hombres se atropellan unos a otros, el tiempo se mide por minutos, el espacio por milímetros, los sentidos y las potencias del alma han de estar en constante bárbara vibración, rodeada de artefactos ruidosos que parecen invención diabólica y cuyos maravillosos efectos cuestan la vida a tanta gente? (*El Obrero Católico*, 29 de octubre de 1927).

El llamado a la quietud y a guardar la compostura, como “formas dignas de vivir la vida”, incluía también la actitud que debía asumirse para leer: “Comprendemos que la vida moderna es toda movimiento y ruido, cosa harto incompatibles con la dulce tranquilidad que requiere el trato con los libros [...] paz, reposo, sosiego [...]” (*El Obrero Católico*, 6 de agosto de 1927).

Por otra parte, el periodismo colombiano de entonces sostenía pugnas partidistas entre liberales, conservadores y socialistas. Este era el mayor campo de difusión de las campañas moralizantes, como lo expresa un artículo titulado “Por la moral de la sociedad”, en 1927:

Si en vez de tanta algarabía del periodismo moderno encaminada a hacer resaltar su elevado espíritu público [...] se entablara con verdadero entusiasmo de patriotas una campaña sistemática en pro de la moralidad de las familias, ensalzando la virtud y repudiando el vicio; si la prensa periódica se convirtiera en órgano de moralidad [...] (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927b).

Esta actitud fue incluida en el Credo del Lector, en su consigna cinco: “Creo que muchos están engañados, creyendo que no les perjudican las malas lecturas. La constante acción del periódico es como la gota, que al fin horada la piedra” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927a).

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Epidemia de las representaciones lectoras

Si bien la promoción de las bibliotecas populares tuvo, en sus inicios, el propósito de ser una barrera contra el ocio, alejar a los obreros de la taberna y lugares de “mal entretenimiento”; sin embargo, la “lectura por debajo” se propagó hasta que muchos estuvieron contagiados de esta y, como lo registra la prensa colombiana de la época, la lectura libre era considerada ociosa y una “peste social”:

Vuelvo, entrando el día, y hallo a muchos que leen en el tranvía, leen en el banco del paseo, y observo que a ratos lee el empleado en la oficina por debajo del Diario o de Mayor, y lee el estudiante por debajo del libro de texto, y lee la dependiente a espaldas de su jefe, y el chofer en sus ratos de espera, y la criada en sus descansos del barrido, y la niña antes de apagar las luces para dormir, y hasta la mujer madura en los grandes ratos que dedica al ocio [...] (*El Obrero Católico*, 12 de noviembre de 1927).

En efecto, según el enfoque de Dan Sperber (2005) se trata de un fenómeno epidémico de las representaciones sobre la transmisión de la lectura, en tanto las patologías al igual que las representaciones: “Algunas se transmiten lentamente durante generaciones; son lo que llamamos ‘tradiciones’ y son comparables a las endemias; otras son típicas de las culturas modernas, se extienden con rapidez por toda una población, pero tienen una vida corta; son lo que llamamos ‘modas’ y son comparables con las epidemias” (p. 61).

Es así como los pedagogos tomaron de la psicología de masas —iniciada por Le Bon a principios del siglo xx— el término de “aprendizaje por contagio”, en particular sobre la lectura, como una forma de vulgarización o popularización del hábito lector. De hecho, el mexicano Gabriel Zaid en su ensayo “Contagios de lector a lector” (2008) se refiere a que:

El vicio de leer se adquiere por admiración [...] Así se llega a la imitación, al experimento de leer y a encontrarle el gusto, aunque al principio no guste (como sucede en las primeras experiencias de fumar). Es un gusto adquirido, que se va refinando por exploraciones propias y la conversación con otros lectores. Es una tradición de lector a lector (p. 44).

En ese sentido, contrario al transeúnte aterrado de ver lectores en la calle, ocurre la extensión de una cultura letrada del ámbito íntimo hacia la cotidianidad de lo público y se asume como un ejercicio ciudadano de uso del tiempo libre invertido en el acceso a la información o en el estímulo de la imaginación. No obstante, por los potenciales riesgos de la “libre conciencia”, exigía una retórica con efectos alopáticos o de “inmunización preventiva del lector propenso a las veleidades románticas por medio de una dosis grande de responsabilidades prosaicas”, como lo advierte el español José M. Rodríguez (2004) acerca del concepto de “profilaxis estilística” del norteamericano Kennet Burke que, a su vez, se trata de una retórica con efectos homeopáticos o de la “ingestión de pequeñas dosis de la misma sustancia dañina [literaria], que consumida en dosis mayores causaría una patología [perturbación e indigestión mental, o ‘estado morboso del espíritu’], de tal modo que el lector desarrolle ‘anticuerpos’ que lo inmunicen frente a la eventualidad de una intoxicación mayor”(p. 13).

Criticismo moral y profilaxis estilística

Durante la modernidad, a finales del siglo XIX, el régimen de representación letrado fue desplazado por el establecimiento de retóricas biológicas, prácticas médicas e ingenieriles para la normalización y la administración de la vida de los nuevos sujetos ideales para el progreso de la nación. De acuerdo con la antropóloga Zandra Pedraza (2011), esta forma de racionalidad estatal parte de actitudes eugénicas y biopolíticas que encontraron en la higiene las prescripciones normativas, pedagógicas y éticas para el gobierno de sí mismos y de los otros (p. 119). Es así como, en 1905, uno de los primeros discursos higienistas en Colombia, pronunciado por el médico Carlos de Greiffy dirigido a la Instrucción pública, utiliza el siguiente silogismo:

La higiene está íntimamente ligada a la moral y la urbanidad: casi todas las reglas de urbanidad que nos enseña Carreño son preceptos higiénicos; el que quebranta la moral, atenta casi siempre contra la salud, y por eso peca contra la higiene; el que no observa los preceptos higiénicos atenta contra la salud y por consiguiente quebranta la moral (p. 195).

Al *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos*, escrito por el venezolano Manuel Carreño y publicado por entregas en 1853, se le sumó la difusión de las reglas de *Higiene del matrimonio*, así como los *Elementos de higiene privada o el arte de conservar la salud del individuo* (1864), formulados por el médico español Pedro Felipe Monlau, de los que parte la distinción entre la higiene física y la moral, según la cual, esta última se refiere a las pasiones del ánimo y a la vida psíquica.

En un extracto del periódico *Speaker* de Londres, transcrito por el gramático y ex presidente de Colombia Marco Fidel Suárez, y publicado en *La Sociedad* en 1912, acerca del denominado “criticismo moral” de la cultura, se afirmaba que:

La salud social, no la moralidad dogmática, debe ser el blanco de las consideraciones enderezadas a resolver aquel problema. En lugar de consultar a los médicos in divinis, consultemos esta vez a los médicos [como tal]...”. Luego, hacia el final del artículo, agrega que dentro de sus acciones se ocupaba de “señalar no solo los primores de belleza y forma, sino el valor ético de las obras literarias y sus influencias biológicas y aun higiénicas (Barry, 1912).

Este tratamiento de la lectura también fue objeto de una medicina del trabajo intelectual, como lo presentó Carlos Arturo Jaramillo en su tesis *La higiene del hombre de letras*, con la que se graduó de la Facultad de Medicina de Bogotá en 1923, la cual se ocupó de

[...] los hechos fisiológicos y patológicos que atañen a la vida especial que llevan los hombres dedicados a trabajos meramente intelectuales, en el cual se hace resaltar de manera clara la necesidad de que esta clase de individuos observen un régimen higiénico especial, so pena de perder la salud y de sufrir enfermedades en ocasiones irremediables” (Jaramillo, 1923, p. 10).

En esta presenta como patologías intelectuales la fatiga y el recargo (*surmenage*), neurastenia y psicastenia, las cuales se evitarían con una terapéutica o higiene mental basada en el descanso del dormir, adecuada iluminación y ventilación, mesura en las horas de estudio, distracción o cambio de rutina, salir de viaje, cultivar el amor y apreciar las bellas artes, evitar el consumo de “excitantes intelectuales” como el alcohol, el café y la morfina.

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

A propósito Roy Porter, historiador de la medicina, a través de la literatura planteó un análisis de la afirmación

[...] leer es malo para tu salud”, en el que encontró una serie de enfermedades del trabajo lecto-escritor referidas por algunos autores, tales como: picazón, gota, catarro, reumas, cálculos, enfermedad de la vista, cólicos, estreñimiento, acidez, vértigo, vientos, entre otras complicaciones por pasar tanto tiempo sentados; asimismo, trastornos mentales como melancolía, “bibliomanía”, fatiga crónica, hipocondría, histeria, y otras alteraciones causadas por una suerte de “lectopatía” (1998, p. 12).

En efecto, Miguel Jiménez, uno de los primeros psiquiatras colombianos, en su clase inaugural de Psiquiatría en Bogotá, titulada “La locura en Colombia y sus causas”, impartida en 1916, aseveró que esta se debía a una “viciosa” educación de la juventud, al alcoholismo y la sífilis. De esta manera, consideraba como causas ocasionales

[...] la miseria nacional, violencia en la lucha por la vida, desproporción entre necesidades y medios de satisfacerlas, inconformidad de las clases sociales inferiores, importación de costumbres en decadencia, literatura foránea sensual y decadente y la labor escandalosa de la prensa” (p. 216-233).

También circularon tratados de “medicina adaptada a la moral”, como el del médico francés Georges Surbled, traducido al español en 1950, cuyas temáticas enfatizaban sobre el gobierno de las emociones, causantes de muchos males para el cuerpo y el alma; sin embargo, se oponía a las posturas que estimaban que “toda pasión debe ser eliminada del corazón para dejar a la voluntad su libertad y a la inteligencia sus vuelos. Su higiene moral se reduce a esto: supresión de las pasiones” (p. 368).

En la profilaxis moral e higiene mental predominó una retórica de lo infeccioso y de lo tóxico, como se evidencia en la resistencia a la consigna “Se debe leer de todo”, la cual dejó correr mucha tinta por considerarla una monstruosidad moral escrita en cinco palabras: “¿Para qué leer aquellos novelones sucios, infectas charcas de miserias, propios solo para manchar la imaginación, perder los sentimientos de la dignidad moral y para formarse una menguada idea de la sociedad y del valor de nuestros semejantes?” (*El Obrero Católico*, 26 de marzo de 1927).

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Por otra parte, el jesuita Pablo Ladrón de Guevara, en su “índice criollo” de censura, titulado *Novelistas malos y buenos*, publicado en 1910, criticaba que es “un falso criterio: ‘hay que leer de todo’, ¿quién no ve lo absurdo de este criterio?, ¿quién, para conocer el medicamento que hace bien (sic) á su estómago, mete en él todas las drogas de una farmacia, incluso los venenos?” (1998, p. 34). En ese sentido, los censores también usaban de forma recurrente los calificativos: deletéreo y malsano o atmósfera viciada; así como de “infectarse de malas especies” en la cabeza.

Un ejemplo del rechazo de la lectura libre, en relación con la autonomía individual, se encuentra en la acusación contra el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), abogado positivista, considerado fatalista y sectario. Autor de *Lecciones de política positiva*, “bien malas, pues en ellas defiende las condenadas libertades de conciencia, cultos, etc., así como la moral universal, desatándose contra la Iglesia y su infalibilidad, y contra la que él llama *pretensión de ser la maestra de la moral*” (Ladrón, 1998, p. 125).

Ese mismo año, en 1965, el licenciado en educación Nicolás Gaviria, pronunció un discurso sobre higiene moral en el ambiente educativo, orientado a la instrucción pública en Colombia, en el que señalaba la inversión de los valores causante de rebeldía social:

Intoxicados con el cine inmoral, con los folletines criminógenos, con las novelas pornográficas, las radioemisiones vulgares, la ordinariez moral televisada, los mocetones extraviados y son muchos, invirtiendo los valores, llaman a la virtud antigualla, a la piedad mojigatería, esclavitud a la disciplina, a la norma moral coacción anticuada [...] Sueltan el libro, dejan desierta la cátedra universitaria para correr tras el demagogo de turno y sumarse a la chusma que incendia, saquea, injuria y ataca a los guardianes del orden (p. 67).

La profilaxis moral que intervino en la educación sentimental se refiere no solo a las novelas rosa, a las historietas policíacas y del *western*, sino también a las obras literarias que eran consideradas incitadoras de la seducción, “vehículo de que se sirve la maldad para sus fines perversos” (*El Obrero Católico*, 4 de junio de 1927). Asimismo, ridiculizaban a las lectoras de novelas, porque causaban en ellas “afectada cortesanía”

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

y expresiones extravagantes carentes de humildad y sumisión (*El Obrero Católico*, 5 de marzo de 1927). No en vano, el “Credo del lector”, divulgado por la prensa católica, declaraba: “Creo que las novelas inmorales enervan el carácter, despojan a la vida de seriedad, de pureza al corazón, y hacen al hombre tímido cobarde y suspicaz” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927). De forma similar, Ladrón de Guevara (1998), insiste sobre esta amenaza contra el espíritu, porque “entre todos los libros malos son más peligrosas las novelas, según el Concilio de la América Latina, las cuales enervan e impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones” (p. 26).

Entre los calificativos contra las “novelas malas” eran frecuentes: asquerosa, inmundada, monstruosa, brutal, bestial, abominable, repugnante, hedionda, entre otras anomalías (Ladrón, 1998).

Es así como, dicho censor advertía de asumir un juicio imparcial porque “si los novelistas son de grandes talentos, tanto peor...” (Ladrón, 1998, p. 23), de esta manera, se evitaba que una obra fuera tomada por “buena” según sus atributos estilísticos y estéticos, por el riesgo de inducir, justamente, lo que procuraban prohibir; efecto que, sin embargo, se produjo porque las novelas que consideraban malas, por el contrario, eran las más leídas.

Estos prejuicios hacían parte de la vida cotidiana, como lo registra el diario personal del empresario colombiano Jorge Echavarría, un 24 de marzo de 1923, en el que consignó: “Se suicidó una niña Restrepo Looor en Loreto, de 17 años, lo que ha llenado de consternación a la sociedad. La pobrecita estaba indigestada de Anatole France, D'Annunzio!” (Gómez, 1989, p. 85). Este hecho muestra cómo es frecuente la asociación de la tristeza y el delirio atribuidos a la literatura, además se refiere a dos autores anatema en la época.

La indigestión adquiere un sentido dentro lo que cabe llamar dietética literaria, es decir, de un régimen que dosifica las lecturas que son saludables para la mente y evita el consumo de libros que envenenan el espíritu, fenómeno que, en términos similares a los expuestos, constituye una “bibliofarmacia”, como lo define el español Jorge

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Larrosa (1996) en su análisis de las terapéuticas y las tutelas morales de la lectura, a partir de la noción de “fármaco de las palabras”, encontrada en Homero, Platón y la tradición grecolatina. Asimismo, se trata de las funciones de catarsis purga por la palabra; de evasión por la imaginación y la admiración de las vidas ajenas reales y ficticias; y de compromiso o asunción de posturas y convicciones por el influjo de los textos.

Es así como, uno de los casos más célebres de envenenamiento por la lectura es el de la novela medieval *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, en la que se impregnó con una sustancia letal las páginas de una obra prohibida; el segundo libro de la *Poética* de Aristóteles sobre la comedia, por tratarse de un elogio de la risa. Al untar el dedo con saliva para pasar las páginas, los lectores clandestinos morían con la lengua ennegrecida por la tinta. Así decía el abad en la biblioteca:

La risa es la debilidad, la corrupción, la insipidez de nuestra carne. Es la distracción del campesino, la licencia del borracho. Incluso la iglesia, en su sabiduría, ha permitido el momento de la fiesta, del carnaval, de la feria, esa polución diurna que permite descargar los humores y evita que se ceda a otros deseos y a otras ambiciones [...] Pero de esta manera la risa sigue siendo algo inferior, amparo de los simples, misterio vaciado de sacralidad para la plebe [...] (Eco, 1987, p. 380).

En efecto, el *Credo del Lector* constituye una serie de prescripciones para la sana lectura, como lo formula en su primera consigna: “Creo que la lectura es alimento del alma y que las doctrinas forman moralmente al hombre, según el apotegma conocido: Dime con quién andas y te diré quién eres” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927).

Esta expresión, usualmente, aparece parafraseada como “Dime lo que lees y te diré quién eres”. En ese mismo recetario, la tercera consigna dice: “Creo que un mal libro es un amigo corrompido y corruptor y que las malas lecturas son tan perniciosas para el alma como el veneno para el cuerpo” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927). De igual forma, el libro pernicioso se consideraba una mala compañía, comparado con “un amigo que no finge, ni se incomoda por nuestros defectos; siempre sigue siendo el mismo, bueno, amable, afectuoso; paciente y sincero; tiene entereza suficiente para sostener hoy lo que nos dijo ayer” (*El Obrero Católico*, 6 de agosto de 1927). Este tipo

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

de retórica tiene una intención de atribuirle valores y conductas humanas a una cosa para generar un comportamiento hacia esta, similar al cuidado que se tiene con una persona.

Como se observa en diversos lugares, son comunes las analogías del consumo de un mal libro como una sustancia nociva. Por el contrario, la prensa socialista no usaba la metáfora digestiva en sentido negativo, como lo expresa un fragmento de volado estilo místico: “El libro y la lectura son vinos generosos que despiertan gratos recuerdos, y es divino incienso a través de cuyos recuerdos blancos y vaporosos, las cosas idas resurgen ante nuestros ojos, trayendo consigo rumores, suspiros y besos y toda la esencia voluptuosa del Nirvana”(Boletín del Círculo de Obreros, 1918) (Cit. Archila, 1991, p. 145-184).

Por otra parte, además de una dietética espiritual, se procuró una higiene moral de los libros infecciosos, por tratarse de expresiones que aludían al “lodo inmundo de las malas lecturas”, “infectas charcas de miseria”, “nueva peste de la sociedad”, como aparece expresado en la prensa católica:

Hay dos clases de libros cuya lectura debía ser desterrada. La primera es la lectura de libro que estuviera prohibido por la Iglesia Católica. La segunda clase de libros peligrosos es la de aquellos que, no estando prohibidos por leyes naturales, leyes de cultura, leyes de higiene moral y hasta por leyes eclesiásticas, lo están por leyes de estética. Y llámense novelas, comedias, poesías o historias. Desde que en ellas se atropellen las enseñanzas de la Iglesia o de la sana moral deben desterrarse de las manos de la juventud (*El Obrero Católico*, 4 de junio de 1927).

Llama la atención que la estética ha sido un criterio moral para clasificar las lecturas, bajo el precepto que dicta: lo bueno es lo bello. De esta manera, como ya se vio, aparecieron también los libros feos, sucios y monstruosos. Es así como, algunas de las obras que se juzgaron en términos estilísticos fueron, por ejemplo, el caso del ecuatoriano Juan Montalvo (1838-1889), a quien se tachó de impiedad y furor anticlerical. En su *Mercurial eclesiástica* (París, 1884), se defiende contra los que declararon su obra como inmoral, porque según Ladrón, “está escrita en tan buen castellano (¡!) ¿Qué tendrá que ver el buen castellano con la moral?”(Ladrón, 1998, p.

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

119). No obstante, era usual incluir la ortografía como buen decir, dentro de los preceptos morales que deducen el carácter y la personalidad individual por el orden de la escritura.

Otro autor condenado de la época, como lo fue el colombiano José María Vargas Vila (1860-1933) fuera de tacharlo porque sus obras estaban plagadas de erotismo, crítica al clero y de ideas liberales radicales, se le acusaba de transgredir la escritura como un acto de rebeldía e indecoro contra la buena ortografía (Ladrón, 1998, p. 140). De otro lado, sobre la obra *Cuentos al corazón* del uruguayo Manuel Medina Betancourt, reprochó que su portada era transgresora por tener letras deformadas, desiguales, grandes y blancas: “Cogidas algunas por largas venas ramales, que salen de un corazón rojo rojo [sic], colocado abajo a la izquierda [...] cuyo fondo es de color de chocolate malo [...]”. Acusan sus relatos de ser “desonestísimos”, predicador del suicidio, inmoral, peligroso, voluptuoso, de especies deshonestas, etc. (Ladrón, 1998, p. 128).

Sobre la intención de hacer olvidar las verdades incómodas del Estado y las críticas políticamente incorrectas, en el caso del argentino Eduardo Gutiérrez, se consideró que era imitador del escritor francés Eugene Sue (socialista utópico) y fue criticado por su interés en “asuntos terroríficos”. Su libro, *Una tragedia de doce años* (1900), “leída en público a jovencitos de un colegio sería inconveniente a causa de algo, lícito ciertamente, pero que no sufre el decoro de una lectura en voz alta delante de nadie, menos de niños” (Ladrón, 1998, p. 118), por tratarse de un perseguido por el militar y político Juan Manuel Rosas “El Tirano”, hacia 1829, personaje que duró doce años escondido en un reducido sótano de su casa. De igual forma, el argentino José Mármol (1818-1881), según Menéndez Pelayo, decía que sobre el tirano Rosas no cree que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna. Asimismo, en su novela *Amalia* decía: “En punto a libertad no está del todo en los estribos. Apunta al tiranicidio, y admite la licitud de algún crimen en ciertos medios que a cometerlo incitan para librarse del tirano” (Ladrón, 1998, p. 126).

A propósito de la purificación de los malos sentimientos producidos por los libros, había que prenderles fuego, como lo aconsejaba la octava consigna del *Credo del*

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Lector: “Creo que un cristiano no debe leer malos libros; que comprándolos, a más de dilapidar su dinero, coopera eficazmente al mal; que leyéndolos, pierde el tiempo y su alma, y que si tiene alguno debe arrojarlo al fuego” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927). Se requería, entonces, quemar los recuerdos negativos y vergonzosos que les produjera infelicidad a los hombres. La temperatura a la que arde el papel es de 451° Fahrenheit, como el título de la novela de Ray Bradbury de 1953 y prohibida en 1967, la cual fue escrita justamente en el trasfondo de la censura de libros en Estados Unidos por parte del macartismo y de las grandes hogueras de libros en la Alemania Nazi. Así, en la más grande pesquiza a una biblioteca secreta, el capitán de los bomberos incineradores de libros, le arengaba a Montag, uno de sus hombres que era un traidor-lector:

A la gente de color no le gusta El pequeño Sambo. A quemarlo. La gente blanca se siente incómoda con La cabaña del tío Tom. A quemarlo. Escribe un libro sobre el tabaco y el cáncer de pulmón. ¿Los fabricantes de cigarrillos se lamentan? A quemar el libro. Serenidad, Montag. Líbrate de tus tensiones internas. Mejor aún, lánzalas al incinerador, ¿los funerales son tristes y paganos? Eliminémoslos también [...] No sutilicemos con recuerdos acerca de los individuos. Olvidémoslos. Quemémoslo todo, absolutamente todo. El fuego es brillante y limpio (Bradbury, 2007, p. 60).

A propósito, en consonancia con el relato de Bradbury, viene al caso lo que consideraba la consigna siete del *Credo del Lector*: “Creo que si los libros hablasen, nos revelarían cosas espantosas acerca del apostolado de perversión que han ejercido en las almas” (*El Obrero Católico*, 30 de abril de 1927). No sobra decir que las prácticas expiatorias de los libros recorrieron todo el mundo desde la antigüedad grecolatina, pasando por la Edad Media, hasta la modernidad.

CONCLUSIONES

Sin asumir una superación de los metarrelatos, al modo de la consigna del posmodernismo, contra los discursos hegemónicos o dominantes, que legitimaron las estructuras en función de las cuales actuaron las fuerzas vivas de las sociedades modernas, tales como: la razón, la verdad, la nación, la fe, el progreso, la felicidad, entre otros (Lyotard, 1991). Más bien se trata de reflexionar sobre cómo estos

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

continuaron siendo versiones implícitas de los nuevos discursos que, para afirmarse, dependían de lo que rechazaban de los anteriores regímenes políticos, intelectuales y simbólicos.

La transmisión de la obsesión platónica por la vigilancia de los efectos que causaban los portavoces y productores de la palabra, así como los artistas de la República³, en términos de modelos de buenas costumbres, retóricas digestivas, tóxicas y degenerativas, pervive en la historia de las éticas. Aún prevalece la pugna sobre si se debe “leer de todo” o no. La invención de los peligros de la lectura libre sigue vigente —una moderna inquisición de los lectores— lo cual puede verse en casos actuales de intervención de materiales culturales en bibliotecas públicas y librerías, como ocurrió en Estados Unidos al prohibir la circulación de publicaciones de autores cubanos residentes en la Isla, así como la trinidad Ley 2.281 del año 2011, aprobada por el Estado de Arizona, que estableció retirar los libros de historia y literatura mexicoamericana del plan de estudios oficial.

Una historia de las prácticas de lectura constituye una forma de comprender las heterologías o formas de representación histórica de las alteridades o realidades de los Otros. Un ejercicio etnográfico de hábitos lectores mostraría que se tiende a juzgar al otro por lo que lee, por lo que habla de lo leído o, también, si no es una “persona leída” o “estudiada”. La lectura también ha llegado a ser parte de los esnobismos de ínfulas intelectuales que asumen el culto a los libros como un gusto refinado y superior al que no tienen acceso los profanos de a pie. Por el contrario, la cultura de élite fue bajando en sus pretensiones debido al creciente gusto por las expresiones populares, como las del folclore y la lectura en lugares públicos (Cavallo & Chartier, 1997).

Leer libera es una frase de promoción que tendría en sí mismo su reverso, al presumir que aquellos que no lo hacen estarían condenados a la ignorancia y a la exclusión. Esa misma actitud fue la que animó a los discursos de higiene cultural de la modernidad. No solo se trata de la lectura como una forma de saber y de poder, sino de una manera de ser. Ser lectores de las gramáticas de la realidad social y de las superficies en las que se escriben las historias humanas, más allá de los autores y los libros.

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 2, 4.

Jairo Gutiérrez Avendaño

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2005). *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona: Anthropos.
- Boletín del Círculo de Obreros*, Nro. 12, 1918. En: Archila, Mauricio (1991). El uso del tiempo libre de los obreros. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Bogotá: Universidad Nacional-sede Bogotá, No. 18-19, pp. 145-184.
- Bradbury, R. (2007). *Fahrenheit 451*. Barcelona: Ediciones Minotauro.
- Burke, K. (1984). *Attitudes Toward History*. Estados Unidos: University of California Press. En: Rodríguez, José M. (2004). La bibliofarmacia de Kate Chopin o la lectura como intoxicación. *Cuadernos de Investigación Filológica*, Nro. 29-30, p. 7-28.
- Cavallo, G. & Chartier, R. (Comp.)(1997). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- De Greiff, C. (1905). Segunda conferencia sobre higiene, dictada en la Agrupación Central número 1°. *Instrucción Pública Antioqueña*, Medellín, Colombia, Año 1, julio, Nro. 5-6, pp. 195-199.
- Eco, U. (1987). *El nombre de la rosa*. Montevideo: Lumen.
- Foucault, M. (1981). *Historia de la Sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI
- Gaviria, N. (1965). Higiene moral del ambiente educativo. *Educación Antioqueña*, Colombia, Vol. 04, Nro. 01, 67-71.
- Gómez, A. (1985). *Medellín: los años locos. Una mirada a la década del veinte a través de los diarios de un testigo*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Gutiérrez, J. (2012). El régimen del lector. Vigilancia moral de la lectura y acceso a la cultura de los obreros. *Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, Año XI, Nro. 13, pp. 46-61.
- Jaramillo, C. (1923). *La higiene del hombre de letras*. Tesis de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Editorial Minerva.
- Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, 2, 4.
- Jairo Gutiérrez Avendaño

- Jiménez L, M. (1916). La locura en Colombia y sus causas. *Revista Cultura*, Vol. III, Nro. 16, 216-233.
- Ladrón de Guevara, P. (1998). *Novelistas malos y buenos*. Santafé de Bogotá: Planeta S.A.
- Larrosa, J. (1996). La bibliofarmacia. En: *La experiencia de la lectura. Estudios sobre lectura y formación*. Barcelona: Laertes.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la Historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- López, L. (1957). Higiene Mental. Plan quinquenal del Ministerio de Educación Nacional. *Anales Neuropsiquiátricos*, XI, p. 17. Escritos sobre medicina (Serie documental), folios 1-6, Archivos personales. Patrimonio documental Universidad de Antioquia.
- Lyotard, J. (1991). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Buenos Aires: Cátedra.
- Molano, A. & Vera, C. (1984). *Evolución de la política educativa en el siglo XX*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Nietzsche, F. (2000). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Pedraza, Z. (2011). *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). La afición por la lectura. Medellín, octubre 29.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). Un buen libro. Medellín, agosto 6.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). Las lecturas. Medellín, marzo 26.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). ¡Alerta! Medellín, junio 4.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). Una lectora de novelas. Medellín, marzo 05.
- Periódico El Obrero Católico* (1927a). El Credo del Lector. Medellín, abril 30.
- Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, 2, 4.

- Periódico El Obrero Católico* (1927b). Por la moral de la sociedad. Medellín, abril 30.
- Periódico El Obrero Católico* (1927). El mundo es una cárcel de papel. Medellín, noviembre 12.
- Periódico Speaker* (1912). Libros prohibidos (extracto). Londres, 24 de agosto. En: Suárez, M. (1958). Pedagogía republicana. *Obras*, Vol. I. pp. 1393-1396. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Porter, R. (1998). Reading is bad for your health. *History today*, Volume 48, Issue 3, 11-16.
- Rodríguez, J. (2004). La bibliofarmacia de Kate Chopin o la lectura como intoxicación. *Cuadernos de Investigación Filológica*, Nro. 29-30, 7-28.
- Silva, R. (2012). *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La carreta.
- Sperber, D. (2005). *Explicar la cultura: un enfoque naturalista*. Madrid: Morata.
- Surbled, G. (1950). *La moral en sus relaciones con la medicina y la higiene*. Barcelona: Sucesores de Juan Gili, S.A.
- Zaid, G. (2008). Contagios de lector a lector. *Revista Letras libres*, 44-45, recuperado el 12/03/2013 en: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/contagios-de-lector-lector>.

¹ Este artículo recibió la Primera Mención en el Concurso de Ensayo “Historia de las prácticas sociales y los dispositivos educativos en lectura y escritura en América Latina”, convocado por la Cátedra Unesco, agosto de 2013.

² Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Educación, Universidad de Medellín. Filósofo, Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Educación, Infancia y Lenguas Extranjeras, adscrito a la Facultad de Educación y Humanidades de la Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín, Colombia.

³ “Así, pues, ¿debemos vigilar solamente a los poetas y obligarlos a ofrecer en sus poemas modelos de buenas costumbres que no compongán ante nosotros o también debemos inspeccionar a los otros artistas e impedirles imitar el vicio, la intemperancia, la bajeza y la indecencia, ya en la pintura de los seres vivientes, ya en la arquitectura, ya en cualquier representación, y, si a ello no se avienen, prohibirles que trabajen con nosotros? Pues, ¿no es de temer que nuestros guardianes, formados en medio de las imágenes del vicio como en medio de un pasto detestable, recolecten y se nutran todos los días, en dosis ligeras pero

repetidas, del veneno de una hierba tan venenosa y no engendren sin notarlo una gran corrupción en sus almas?” (Platón, La República, XII).